

La vida ante sí

Romain Gary (*Émile Ajar*)

traducción: Andrés Villaveces

Dijeron: "Te enloqueciste por culpa de Aquél a quien amas".
Dije: "El salvador de la vida no es sino para los locos".

Yâfi'î, Raudh al rayâhîn

Lo primero que les puedo contar es que vivíamos en el sexto piso a pie y que para Madame Rosa, con todos esos kilos que cargaba sobre ella y solo dos piernas, era una verdadera fuente de vida cotidiana, con todas las preocupaciones y las penas. Nos lo recordaba cada vez que no se quejaba de algo distinto, porque además era judía. Su salud tampoco era buena, y puedo contarles también desde el principio que era una mujer que se hubiera merecido un ascensor.

Yo debía tener tres años cuando vi a Madame Rosa por primera vez. Antes uno no tiene memoria y vive en la ignorancia. Dejé de ignorar a los tres o a los cuatro años y a veces me hace falta.

Había muchos otros judíos, árabes y negros en Belleville, pero Madame Rosa tenía que subir los seis pisos sola. Decía que un día se iba a morir en las escaleras, y todos los niños nos poníamos a llorar porque eso es lo que uno hace cuando alguien se muere. Éramos a veces seis a veces siete o a veces aún más en ese plan.

Al principio, yo no sabía que Madame Rosa me cuidaba solo para cobrar una fianza a final de mes. Cuando lo supe, ya tenía seis o siete años y me dio durísimo saber que yo era pagado. Yo creía que Madame Rosa me quería porque sí y que éramos algo el uno para el otro. Lloré por eso toda una noche y fue mi primera gran pena.

Madame Rosa se dio cuenta de que yo estaba triste y me explicó que la familia no quiere decir nada, y que incluso las hay que se van de vacaciones y abandonan a sus perros amarrados a árboles y que cada año hay tres mil perros que se mueren así privados del afecto de los suyos. Me tomó sobre sus rodillas y me juró que yo era el ser más querido del mundo para ella, pero yo me acordé ahí mismo de la fianza y me fui llorando.

Bajé al café de Monsieur Driss, abajo, y me senté al frente de Monsieur Hamil, que era mercader de tapetes ambulante en Francia y ha visto todo. Monsieur Hamil tiene ojos bellos que hacen buena atmósfera alrededor de él. Era ya muy viejo cuando lo conocí, y desde entonces no ha hecho más envejecer.

- Monsieur Hamil, ¿por qué sonrío siempre?

- Doy gracias a Dios todos los días por mi buena memoria, Momó.

Me llamo Mohammed pero todo el mundo me dice Momó porque suena más a niño.

- Hace sesenta años, cuando era joven, conocí a una joven que me quiso y que yo quise también. Fueron ocho meses, después ella cambió de casa, y todavía me acuerdo de ella, sesenta años después. Le decía: no te olvidaré. Los años pasaban, y no la olvidaba. A veces me daba miedo porque yo todavía tenía mucha vida por delante, y ¿qué palabra podía yo darme a mi mismo, yo pobre hombre, dado que es Dios el que tiene el borrador? Pero ahora estoy tranquilo. No voy a olvidar a Djamila. Me queda poco tiempo, me voy a morir antes.

Pensé en Madame Rosa, dudé un poco y le pregunté:

- Monsieur Hamil, ¿se puede vivir sin amor?

No contestó. Tomó un poco de té de menta que es bueno para la salud. Monsieur Hamil siempre se ponía una jellaba gris, de un tiempo para acá, para no ser sorprendido en chaqueta si era llamado. Me miró y observó el silencio. Debía pensar que yo todavía era prohibido a menores de edad y que había cosas que yo no debía saber. En ese momento yo debía tener unos siete u ocho años, no puedo decirles exactamente porque no fui fechado, como van a ver cuando nos conozcamos mejor, si les parece que vale la pena.

- Monsieur Hamil, ¿por qué no me contesta?

- Eres muy joven y cuando uno es muy joven hay cosas que es mejor no saber.

- Monsieur Hamil, ¿se puede vivir sin amor?

- Sí, dijo, y bajó la cabeza como si le diera pena.

Me puse a llorar.

Durante mucho tiempo, yo no sabía que era árabe porque nadie me insultaba. Solo lo aprendí en el colegio. Pero yo nunca peleaba, siempre duele cuando uno le pega a alguien.

Madame Rosa había nacido en Polonia como judía pero se había defendido en Marruecos y en Algeria durante muchos años y sabía árabe como usted y yo. Sabía también judío por las mismas razones y nos hablábamos a menudo en ese idioma. La mayoría de los demás inquilinos del inmueble eran negros. Hay tres hogares negros en rue Bisson y otros dos donde viven por tribus, como lo hacen en África. Hay sobre todo sarakolés, que son los más numerosos, y todocolores hay muchos también. Hay muchas otras tribus en rue Bisson pero no tengo el tiempo de nombrarlas todas. El resto de la calle y del boulevard de Belleville es sobre todo judío y árabe. Sigue así hasta la Goutte d'Or y después empiezan los barrios franceses.

Al principio yo no sabía que no tenía mamá y ni siquiera sabía que fuera necesario tener una. Madame Rosa evitaba el tema para no darme ideas. No sé por qué nació ni qué pasó exactamente. Mi amigo el Mahoute que tiene varios años más que yo me dijo que eran las condiciones de higiene las que hacían eso. Él nació en la Casbah de Alger y solo vino a Francia después. Todavía no había higiene en la Casbah y nació porque no había bidet ni agua potable ni nada. El Mahoute supo todo eso más tarde, cuando su papá intentó justificarse y le juró que no había ninguna mala voluntad en nadie. El Mahoute me dijo que las mujeres que se defienden ahora tienen una píldora para la higiene pero que él había nacido antes de eso.

Venían bastantes madres una o dos veces por semana pero siempre era por los demás. Casi todos éramos hijos de putas donde Madame Rosa, y cuando ellas se iban por varios meses a la provincia para defenderse allá, venían a ver a sus hijos antes y después. Así fue como empecé a tener líos con mi propia madre. Me parecía que todo el mundo tenía una, salvo yo. Comencé a tener dolores de estómago y retorcionones para hacer que viniera. Había en el andén del frente un niño que tenía un balón y que me había dicho que su mamá venía siempre cuando le dolía el estómago. Me dolió el estómago pero no sirvió para nada, luego tuve retorcionones, y nada. Hasta me cagué en todo el apartamento para que se notara más. Nada. Mi mamá no vino y Madame Rosa me trató de culo de árabe por primera vez, pues no era francesa. Le grité que quería ver a mi mamá y durante semanas seguí cagando en todas partes para vengarme. Madame Rosa terminó por decirme que si seguía me iba para la Asistencia pública, y ahí sí me dio miedo, porque la Asistencia pública es lo primero que le enseñan a los niños. Seguí cagando por principio pero eso no era vida. Éramos en esa época siete niños de putas en pensión con Madame Rosa y todos se pusieron a cagar a quien más diera porque no hay nada más conformista que los niños y había tanta caca en todas partes que ya ni me hacía notar yo.

Madame Rosa ya estaba vieja y cansada sin eso, y lo tomó muy mal porque ya había sido perseguida como judía. Subía sus seis pisos varias veces al día con sus noventa y cinco kilos y sus dos pobres piernas y apenas olía la caca se dejaba caer con sus paquetes sobre el sofá y se ponía a llorar porque hay que entenderla. Los franceses son cincuenta millones de habitantes y ella decía que si hubieran hecho todos lo mismo que nosotros hasta los alemanes no habrían resistido, hubieran salido corriendo. Madame Rosa había conocido bien Alemania durante la guerra pero había vuelto. Entraba, olía la caca, y se ponía a dar alaridos "¡Esto es Auschwitz! ¡Esto es Auschwitz!", porque la habían deportado a Auschwitz por lo de los judíos. Pero siempre era muy correcta en términos de racismo. Por ejemplo estaba con nosotros un

pequeño Moisés a quien le decía sale bicot, pero no a mí. Yo no me daba cuenta de que a pesar de su peso ella tenía delicadeza. Finalmente dejé de insistir, porque no servía para nada y mi madre no venía pero seguí teniendo dolor de estómago y retorcijones durante mucho tiempo e incluso ahora a veces me duele la barriga. Después intenté hacerme notar de otra manera. Comencé a robar en los almacenes, un tomate o un melón de la estantería. Siempre esperaba que alguien me viera para que se notara. Cuando salía el tendero y me daba una palmada yo me ponía a gritar, pero por lo menos alguien se interesaba por mí.

Una vez estaba frente a una tienda y me robé un huevo de la estantería. La tendera era una mujer y me vio. Prefería robar donde hubiera una mujer porque lo único de lo que yo estaba seguro era que mi mamá era una mujer, ni modo que no. Cogí un huevo y me lo metí en el bolsillo. La tendera vino y yo esperaba que me diera una cachetada para hacerme notar. Pero se acurrucó a mi lado y me acarició la cabeza. Incluso me dijo:

- ¡Qué buen mozo!

Primero pensé que quería que le devolviera el huevo por los sentimientos y lo agarré bien con la mano en el fondo del bolsillo. Solo era que me diera una cachetada para castigarme, es lo que debe hacer una mamá cuando lo descubren a uno. Pero se levantó, fue al mostrador y me dio otro huevo. Y después me dio un beso. Tuve un momento de esperanza que no les puedo describir porque no es posible. Me quedé toda la mañana ante el almacén esperando. No sé qué esperaba. A veces la señora me sonreía y yo me quedaba ahí, con el huevo en la mano. Tenía entonces seis años o algo así, pensé que era de por vida, pero era solo un huevo. Volví a la casa y me dio dolor de barriga todo el día. Madame Rosa estaba en la policía por un falso testimonio que Madame Lola le había pedido. Madame Lola era una travesti del cuarto piso que trabajaba en el Bois de Boulogne y había sido campeón de boxeo en Senegal antes de atravesar y había noqueado a un cliente en el bosque porque había resultado sádico, porque no podía saber. Madame Rosa fue a declarar que habían ido a cine con Madame Lola esa noche y que después habían mirado televisión juntas. Les hablaré más de Madame Lola, era de verdad una persona que no era como todo el mundo porque las hay. Yo la quería por eso.

-

Los niños son todos muy contagiosos. Cuando hay uno, llegan todos los demás de una. Éramos siete donde Madame Rosa en esa época, de los cuales dos durante el día, que Monsieur Moussa el basuriego bien conocido dejaba en el momento de las basuras a las seis de la mañana, en ausencia de su mujer que había muerto de algo. Los recogía por la tarde para ocuparse de ellos. Estaba Moisés que tenía menos edad que yo. Banania que se divertía todo el tiempo porque había nacido de buen humor, Michel que había tenido padres vietnamitas y que Madame Rosa no iba a guardar un solo día más desde hacía un año que no le pagaban. Esta judía era fuerte pero tenía límites. Lo que pasaba a menudo era que las mujeres que se defendían iban lejos allá donde les pagan muy bien y había mucha demanda y le confiaban sus niños a Madame Rosa para no volver nunca. Se iban y pluf. Todo eso son historias de niños que no se hicieron abortar a tiempo y que no eran necesarios. Madame Rosa los colocaba a veces en familias que se sentían solas y que los necesitaban, pero era difícil porque hay leyes. Cuando una mujer se ve obligada a defenderse, no tiene derecho al poder paterno, por culpa de la prostitución. Entonces tiene miedo de perder su estatus y esconde al niño para no verlo encargado. Le pide a gente que conoce y donde la discreción es segura que se lo cuiden. No les puedo contar todos los hijos de putas que vi pasar por donde Madame Rosa, pero los había que como yo estaban de manera definitiva. Los más duraderos después de yo eran Moisés, Banania y el Vietnamita, que finalmente tomó un restaurante en rue Monsieur le Prince y que ya no reconocería si me lo encontrara, de lo lejos que es.

Cuando comencé a reclamar a mi mamá, Madame Rosa me trató de pequeño pretencioso y que todos los árabes eran así, les dan la mano y quieren todo el brazo. Madame Rosa no era así ella misma, lo decía solo por los prejuicios y yo sabía bien que era su preferido. Cuando me ponía a dar alaridos, los demás se ponían a gritar también y Madame Rosa se encontró con siete niños que le reclamaban a sus madres con alaridos a quién más duro y le dio una verdadera crisis de histeria colectiva. Se arrancaba el pelo que ya no tenía y tenía lágrimas que brotaban por la ingratitud. Se escondió la cara con las manos y siguió llorando pues esta época no tiene piedad. Había hasta yeso que caía de la pared, no porque Madame Rosa llorara, eran solo daños materiales.

Madame Rosa tenía el pelo gris que se le caía también porque ya no se tenía bien. Tenía mucho miedo de quedarse calva, es una cosa terrible para una mujer que no tiene casi nada más. Tenía más nalgas y senos que cualquiera y cuando se miraba al espejo se hacía grandes sonrisas, como si tratara de gustarse. Los domingos se ponía la pinta de

los pies a la cabeza, se ponía la peluca peliroja e iba a sentarse en la plaza Beaulieu y se quedaba ahí varias horas con elegancia. Se maquillaba varias veces al día pero qué quieren que haga. Con la peluca y el maquillaje se veía menos y ponía siempre flores en el apartamento para que fuera todo más bonito alrededor de ella.

Cuando se calmó, Madame Rosa me llevó al cuartico y me dijo que era un embustero y me dijo que a los embusteros siempre los castigan con la cárcel. Me explicó que mi madre veía todo lo que yo hacía y que si quería volvérmela a encontrar un día, me tocaba tener una vida limpia y honrada, sin delincuencia juvenil. El cuartico era más pequeño que esto, y Madame Rosa no cabía entera, por culpa de su extensión y es hasta raro cuánto había para una persona tan sola. Creo que se debía sentir aún más sola ahí.

Cuando dejaban de llegar las fianzas por alguno de nosotros, Madame Rosa no echaba al culpable. Era el caso del pequeño Banania, su padre era desconocido y no se le podía reprochar nada; su mamá mandaba un poco de plata cada seis meses si acaso. Madame Rosa regañaba a Banania pero a este no le importaba porque no tenía sino tres años y sonrisas. Creo que Madame Rosa de pronto hubiera entregado a Banania a la Asistencia pero no a su sonrisa y como no se podía quedar con lo uno y sin lo otro, se veía obligada a guardarlos ambos. A mí me encargaba que llevara a Banania a los hogares africanos de la rue Bisson para que viera negros, a Madame Rosa le parecía importante eso.

- Tiene que ver negros, si no, después no va a asociarse.

Yo cogía entonces a Banania y lo llevaba a mi lado. Lo recibían muy bien porque son personas que dejaron a sus familias en África y un niño siempre le trae a uno a la mente a otro. Madame Rosa no tenía ni idea si Banania que se llamaba Touré era un malí o un senegalés o un guineano u otra cosa, su madre se defendía en la rue Saint-Denis antes de irse a Abidjan y esas son cosas que no se pueden saber en la ocupación. Moisés también era muy irregular pero en ese caso Madame Rosa estaba bloqueada porque la Asistencia pública no se podían hacer eso entre judíos. Para mí, la fianza de trescientos francos llegaba a principio de mes siempre y yo era inatacable. Creo que Moisés tenía madre y a ella le daba pena, sus padres no sabían nada y ella era de buena familia y además Moisés era rubio ojiazul y sin la nariz señalítica y eso eran confesiones espontáneas, era solo mirarlo.

Mis trescientos francos al mes seguros infligían a Madame Rosa respeto con respecto a mí. Ya iba sobre mis diez años, incluso tenía problemas de precocidad porque a los árabes se nos para siempre de primeros. Yo sabía que representaba para Madame Rosa algo sólido y que miraría dos veces antes de hacer salir al lobo del bosque. Fue lo que pasó en el cuartico cuando tenía seis años. Ustedes me dirán que revuelvo los años, pero no es verdad, y les explicaré cuando me dé por ahí cómo tomé bruscamente un golpe de viejo.

- Oye, Momó, eres el mayor, tienes que dar ejemplo, entonces deja de hacer pataleta con el cuento de tu mamá. Sus mamás, ustedes de buenas que no las conocen, porque a su edad, todavía es sensible uno, y son unas putas que ni hablar, parece que uno soñara, a veces. ¿Sabes qué es una puta?

- Es gente que se defiende con el culo.

- Me pregunto donde habrás aprendido semejante horror, pero hay mucha verdad en lo que dices.

- ¿Usted también se defendió con el culo, Madame Rosa, cuando era joven y bella?

Sonrió, le gustaba oír decir que había sido joven y bella.

- Eres tierno, Momó, pero tranquilízate. Estoy vieja y enferma. Desde que salí de Auschwitz no he tenido más que problemas.

Se ponía tan triste que ni siquiera se le notaba lo fea. Le puse el brazo alrededor del cuello y le di un beso. Se decía en la calle que era una mujer sin corazón y es cierto que no había nadie que se ocupara de ella. Había soportado sin corazón sesenta y cinco años y había momentos en que había que perdonarle.

Lloraba tanto que me dieron ganas de orinar.

- Disculpe, Madame Rosa, tengo ganas de orinar.

Después le dije:

- Madame Rosa, bueno, por lo de mi mamá ya sé bien que no es posible, pero ¿no podría conseguir entonces un perro?

- ¿Qué? ¿Qué? ¿Crees que aquí cabe un perro? ¿Y con qué lo voy a alimentar? ¿Quien le va a mandar fianzas?

Pero no dijo nada cuando me robé un perrito gris crespo en el almacén de animales de la rue Calefeutre y me lo traje a la casa. Entré al almacén, pregunté si podía acariciar al perrito y la dueña me dio el perro cuando la miré como lo sé hacer. Lo tomé, lo acaricié y después me largué como una flecha. Si hay algo que sé hacer es correr. Sin eso no se puede sobrevivir.

Se me enredó la vida con ese perro. Me dio por quererlo como no está permitido. Los demás también, salvo tal vez Banania, que le daba exactamente lo mismo, ya era feliz así, sin razón, jamás he visto a un negro feliz con razón. Tenía todo el tiempo al perro en los brazos y no lograba encontrarle nombre. Cada vez que pensaba en Tarzán o Zorro sentía que había en algún lugar un nombre que no tenía a nadie y que esperaba. Finalmente escogí Súper pero con mil reservas, con la posibilidad de cambiar si encontraba algo mejor. Yo tenía en mí excesos acumulados y le di todo a Súper. No sé qué habría hecho sin él, era verdaderamente urgente, habría terminado en la cárcel seguramente. Cuando lo paseaba, me sentía alguien porque yo era todo lo que él tenía en el mundo. Lo quería tanto que hasta lo regalé. Ya tenía nueve años o algo así y uno ya piensa a esa edad, salvo tal vez cuando uno está feliz. También hay que decir sin querer hacer sentir mal a nadie que el apartamento de Madame Rosa era triste, incluso cuando uno estaba acostumbrado. Entonces cuando Súper empezó a crecer para mí en el plano sentimental, quise darle una vida, es lo que habría hecho por mí mismo, si me fuera posible. Noten que no era cualquiera tampoco, era un perrito. Una señora dijo oh qué perro tan bonito y me preguntó si era mío y si lo vendía. Yo estaba mal vestido, tengo una cara como de otro lado y ella notó bien que era un perro de otro ambiente.

Le vendí a Súper por quinientos francos y él hacía un verdadero negocio. Le pedí quinientos francos a la señora porque quería estar seguro de que tuviera con qué sostenerlo. Caí bien, hasta tenía carro con chofer y metió inmediatamente ahí a Súper, por si acaso yo tenía padres que fueran a pegar el grito. Entonces ahora les voy a contar y no me lo van a creer. Cogí los quinientos francos y los boté en una alcantarilla. Después me senté en el andén y chillé como un ternero con los puños en los ojos, pero estaba feliz. Donde Madame Rosa no había seguridad y todos pendíamos de un hilo, con la vieja enferma, sin plata y con la Asistencia pública sobre nuestras cabezas y eso no es vida para un perro.

Cuando volví a la casa y le dije que había vendido a Súper por quinientos francos y que había botado la plata en una alcantarilla, a Madame Rosa le dio pavor, me miró y corrió a encerrarse con doble llave en el cuarto. Después, siempre se encerraba a dormir con llave, por si acaso yo le cortaba la garganta. Los otros niños hicieron un ruido terrible cuando supieron, porque en realidad no querían a Súper, era solo para jugar.

Éramos un montón en esa época, siete u ocho. Estaba Salima, que su madre había logrado salvar cuando los vecinos la denunciaron por puta de andén y le vino la Asistencia social por indignidad. Interrumpió al cliente y pudo sacar a Salima que estaba en la cocina por la ventana del primer piso y la escondió toda la noche en una caneca. Llegó a donde Madame Rosa por la mañana con la niña que olía a basura en estado de histeria. También estaba de paso Antoine que era un verdadero francés y el único de origen y lo mirábamos todos con cuidado para ver cómo estaba hecho. Pero no tenía ni dos años, entonces no se veía gran cosa. De resto no me acuerdo quien más, cambiaba todo el tiempo con las mamás que venían a recoger a sus hijos. Madame Rosa decía que las mujeres que se defienden no tienen suficiente apoyo moral porque muchas veces los proxinetas no hacen su trabajo como deberían. Necesitan a sus hijos para tener razones de vivir. Volvían muchas veces cuando tenían un momento o una enfermedad y se llevaban a su hijo al campo para estar juntos. Nunca entendí por qué no le permiten a las putas catalogadas educar a sus hijos, a las otras no les importa. Madame Rosa pensaba que era por culpa de la importancia del sexo en Francia, que no tienen en otras partes, aquí toma proporciones que uno no se puede imaginar, cuando no lo ha visto. Madame Rosa decía que el sexo es lo más importante en Francia junto con Luis XIV y es por eso que las prostitutas, como les dicen, son perseguidas porque las mujeres honestas quieren que sea solo para ellas. Yo ví en la casa a mujeres llorando, las habían denunciado con la policía por tener un niño por la ocupación que tenían y se morían de miedo. Madame Rosa las tranquilizaba, les explicaba que ella tenía un comisario de policía que era él también un hijo de puta y que la protegía y que tenía un judío que le hacía papeles falsos que nadie podía descubrir, de los auténticos que eran. Nunca vi a ese judío porque Madame Rosa lo ocultaba. Se habían conocido en el hogar judío en Alemania donde no fueron exterminados por error y se habían jurado que nunca los agarrarían. El judío estaba en alguna parte en un barrio francés y se falsificaba papeles como loco. Era por sus cuidados que Madame Rosa tenía documentos que probaban que era otra, como todo el mundo. Decía que con eso, ni los israelíes hubieran podido probarle nada. Claro, nunca estaba completamente tranquila al respecto, porque para eso toca estar muerto. En la vida siempre está el pánico.

Les decía entonces que los niños gritaron por horas cuando regalé a Súper para asegurarle un porvenir que no existía con nosotros, salvo para Banania, que estaba muy contento, como siempre. Yo a ustedes les digo que ese <i>salaud</i> no era de este mundo, ya tenía cuatro años y todavía estaba contento.

Lo primero que hizo Madame Rosa al día siguiente fue arrastrarme a donde el doctor Katz para ver si yo no estaba chiflado. Madame Rosa quería que me tomaran sangre y miraran si no era sifilítico por ser árabe, pero al doctor Katz le dio tal rabia que su barba temblaba, porque se me olvidó contarles que tenía una barba. Regañó a Madame Rosa con

temas de la casa y le gritó que eran rumores de Orleans. Los rumores de Orleans, era cuando los judíos que vendían ropa no drogaban a las blancas para mandarlas a los burdeles y todo el mundo los odiaba, hacen hablar de ellos por nada.

Madame Rosa seguía en conmoción.

- ¿Cómo fue, exactamente?

- Cogió quinientos francos y los botó a una alcantarilla.

- ¿Es su primera crisis de violencia?

Madame Rosa me miraba sin contestar y yo estaba muy triste. Nunca me ha gustado hacer sufrir a la gente, soy filósofo. Había detrás del doctor Katz un barco de velas sobre una chimenea con alas blancas y como yo me sentía triste, quería irme bien lejos, lejos de mí mismo, y me puse a volar, me subí y atravesé los océanos con mano segura. Fue ahí creo a bordo del velero del doctor Katz que me fui lejos por primera vez. Hasta ahí no puedo decir que de verdad fuera un niño. Todavía ahora, si quiero, puedo subirme en el velero del doctor Katz e irme lejos solo a bordo. Nunca se lo he comentado a nadie y siempre me hacía el que estaba ahí presente.

- Doctor, le ruego que examine bien a este niño. Usted me prohibió las emociones, por el corazón, y él vendió lo que le era más caro en el mundo, y botó quinientos francos en una alcantarilla. Incluso en Auschwitz nadie hacía eso.

El doctor Katz era muy conocido por todos los judíos y árabes alrededor de la rue Bisson por su caridad cristiana y cuidaba a todo el mundo de la mañana a la tarde e incluso después. Guardé muy buen recuerdo de él, era el único lugar donde oía hablar de mí mismo y donde me examinaban como si fuera algo importante. Venía frecuentemente solo, no porque estuvieran enfermo, sino para sentarme en su sala de espera. Me quedaba ahí un buen rato. Él obviamente notaba que yo estaba ahí porque sí y que ocupaba un asiento mientras el mundo estaba lleno de miseria, pero me sonreía siempre muy gentilmente y no se enfadaba. Pensaba mirándolo que si tuvieran padre, habría escogido al doctor Katz.

- Quería a ese perro como no debería estar permitido, lo tenía en sus brazos hasta para dormir, y ¿qué hizo? Venderlo y botar la plata. Este niño no es como todo el mundo, doctor. Me da miedo que sea un caso de locura repentina en su familia.

- Le puedo asegurar que no va a pasar nada, absolutamente nada, Madame Rosa.

Me puse a llorar. Sabía bien que no pasaría nada pero era la primera vez que lo oía abiertamente.

- No hay por qué llorar, mi pequeño Mohammed. Pero puedes llorar si te hace sentir mejor. ¿Llora mucho?

- Nunca, dijo Madame Rosa. Nunca llora ese niño, aunque Dios sabe cuanto sufre.

- Bueno, pues ahí ve que ya está mejor, dijo el doctor. Llora. Se desarrolla normalmente. Hizo bien trayéndolo, Madame Rosa, le voy a recetar a usted unos tranquilizantes. En usted es sencillamente ansiedad.

- Cuando uno cuida niños, tiene que tener mucha ansiedad, doctor, si no se vuelven hampones.

Al salir, caminamos por la calle cogidos de la mano. A Madame Rosa le gusta que la vean acompañada. Se demora poniéndose la pinta para salir porque fue una mujer y todavía le queda algo de eso. Se maquilla mucho pero ya no sirve para nada querer ocultarse a su edad. Tiene una cara de vieja rana judía con gafas y asma. Al subir las escaleras con las compras, se detiene todo el tiempo y dice que un día se va a morir en la mitad, como si fuera tan importante completar todos los seis pisos.

En la casa nos encontramos con Monsieur N'Da Amédée, el chulo que llaman también proxineta. Si usted conoce el barrio, sabe que está lleno de autóctonos que nos vienen todos del África, como lo indica el nombre. Tienen varios hogares que llaman antros donde no tienen los productos de primera necesidad, como la higiene o la calefacción de la Ciudad de París, que no llega hasta ahí. Hay hogares negros donde son ciento veinte con de a ocho por cuarto y un solo inodoro abajo, entonces se van a todas partes porque esas son cosas que no pueden hacer esperar. Antes de mi época había tugurios pero Francia los hizo demoler para que no se note. Madame Rosa contaba que en Aubervilliers había un hogar donde asfixiaban a los senegaleses con chimeneas de carbón metiéndolos en un cuarto con las ventanas cerradas y que al otro día estaba muertos. Asfixiados por malas influencias que salían de la chimenea mientras dormían el sueño del justo. Yo iba a verlos frecuentemente en la rue Bisson y siempre me recibían bien. Eran casi todo el tiempo musulmanes como yo pero esa no era la razón. Creo que les gustaba ver un niño de nueve años que todavía no tenía ideas en la cabeza. Los viejos siempre tienen ideas en la cabeza. Por ejemplo, no es verdad que todos los negros sean iguales.

Madame Sambor, que les hacía la papilla, no se parecía en nada a Monsieur Dia, cuando uno se acostumbra a la oscuridad. Monsieur Dia no era chistoso. Tenía ojos que eran como para asustar. Leía todo el tiempo. También tenía una cuchilla de afeitar así de larga que no se replegaba cuando uno oprimía un punto. La usaba para afeitarse, pero eso crees. Eran cincuenta en el hogar y los demás le obedecían. Cuando no leía hacía ejercicios en el suelo para ser el más fuerte. Era muy acuerpado pero nunca le parecía suficiente. Yo no entendía por qué un señor que ya era tan cuajado hacía semejantes esfuerzos para aumentarse. No le pregunté nada pero pienso que no se sentía suficientemente acuerpado para lo que quería hacer. Yo también a veces me quisiera reventar de lo fuerte que me dan ganas de ser. Hay momentos en que sueño con ser policía y no tener miedo de nada ni de nadie. Pasaba mi día dando vueltas alrededor de la comisaría de la rue Deudon pero sin esperanzas, sabía que a los nueve años es imposible, todavía era demasiado minoritario. Soñaba con ser policía porque tienen la fuerza de seguridad. Creía que era lo más fuerte, no sabía que los comisarios de policía existían, pensaba que todo llegaba hasta ahí. Fue solo después que aprendí que hay mucho más, pero nunca me elevé hasta el Prefecto de Policía, eso iba más allá de mi imaginación. Debía tener unos ocho, nueve o diez años y tenía mucho miedo de encontrarme sin nadie en el mundo. Mientras más difícil le quedaba a Madame Rosa subir los seis pisos y más se sentaba al llegar, más me sentía yo menos y tenía miedo.

Estaba también el asunto de mi fecha que me *_turlupinait_* bastante, sobre todo cuando me echaron del colegio diciendo que yo era demasiado joven para mi edad. De todas maneras, eso no tenía importancia, el certificado que probaba que yo había nacido y era legal era falso. Como les conté, Madame Rosa tenía varios certificados en la casa, y podía incluso demostrar que nunca había sido judía desde varias generaciones atrás, si la policía hacía un allanamiento para encontrarla. Se había protegido por todos lados desde que la había agarrado de improviso la policía francesa que proveía a los alemanes y la habían puesto en un Velódromo para Judíos. Después la habían transportado a un hogar judío en Alemania donde los quemaban. Todo el tiempo tenía miedo, pero no como todo el mundo, tenía aún más miedo que eso.

Una noche oí que gritaba en un sueño, me despertó y vi que se levantaba. Había dos cuartos y tenía uno para ella sola, menos cuando había gentío y entonces Moisés y yo dormíamos con ella. Era así esa noche, aunque Moisés no estaba con nosotros, tenía una familia judía sin niños que se interesaba en él y lo habían tomado en observación, para ver si valía la pena adoptarlo. Volvía *_claqué_* a la casa, de la cantidad de esfuerzos que hacía para caerles bien. Tenían una tienda kasher en la rue Tienné.

Cuando Madame Rosa gritó me despertó. Prendió la luz y yo abrí un ojo. Le temblaba la cabeza y era como si viera algo. Luego salió de la cama, se puso su bata y cogió una llave que escondía debajo del armario. Cuando se agacha, tiene un culo aún más grande que siempre.

Fue a la escalera y bajó. La seguí porque ella estaba tan asustada que yo no me atreví a quedarme solo.

Madame Rosa bajaba la escalera a veces con luz y a veces a oscuras; el temporizador del edificio es muy corto por razones económicas, el administrador es un malparido. Una vez, cuando quedamos a oscuras, fui yo quien prendió como un huevón y Madame Rosa, que estaba un piso más abajo, pegó un grito, creyó que ahí había una presencia humana. Miró hacia arriba y luego hacia abajo y después siguió bajando, y yo también, pero ya no tocaba el interruptor, nos asustábamos ambos con eso. No tenía ni idea de qué pasaba, aún menos que siempre, y eso siempre asusta más. Me temblaban las rodillas y era terrible ver a esa judía bajando las escaleras con tretas de indios Sioux como si estuvieran llenas de enemigos o aún peor.

Cuando llegó a la planta baja, Madame Rosa no salió hacia la calle, cogió hacia la izquierda, hacia la escalera del sótano donde no hay luz y es oscuro incluso en verano. Madame Rosa nos prohibía ir a ese sitio porque siempre es ahí donde estrangulan a los niños. Cuando Madame Rosa tomó esa escalera, creí de verdad que era el fin del cuento, que se había chiflado y quise correr a despertar al doctor Katz. Pero tenía en ese momento tanto miedo que prefería aún quedarme ahí y no moverme, estaba seguro que si me movía algo iba a gritar y saltarme encima de todos lados, con monstruos que iban a salir de repente en lugar de quedarse escondidos, como lo hacían desde que yo había nacido.

Fue entonces que vi algo de luz. Venía del sótano y me alivió un poco. Los monstruos rara vez hacen luz, siempre es la oscuridad la que más les conviene.

Bajé por el corredor que olía a orina y a más porque no había sino un inodoro para cien en el hogar negro de al lado y ellos hacían donde podían. El sótano estaba dividido en varios y una de las puertas estaba abierta. Ahí era donde había entrado Madame Rosa y era de ahí que salía la luz. Miré.

En la mitad había un sofá rojo completamente hundido, polvoriento y cojo, y Madame Rosa estaba sentada ahí adentro. Los muros eran piedras que salían como dientes y parecían divertirse. Sobre una cómoda, había un candelabro con ramas judías y una vela prendida. Para mi gran sorpresa había una cama en estado de botar, pero con colchón, cobijas y almohadas. También había bolsas de papas, un calentador, baldes y cajas de cartón llenas de latas de sardinas. Yo estaba tan aterrado que ya no tenía miedo, salvo que tenía el culo descubierto y comenzaba a sentir frío.

Madame Rosa se quedó un momento en ese sofá mohoso y sonreía contenta. Tenía cara maliciosa e incluso vencedora. Era como si hubiera logrado algo muy avisado y muy fuerte. Después se paró. Había una escoba en una esquina y comenzó a barrer el sótano. No era buena idea, levantaba polvo y polvo para su asma, no hay nada peor. Inmediatamente empezó a tener dificultades para respirar y a silbar con los bronquios, pero siguió barriendo y no había nadie para decirle excepto yo, a nadie le importaba. Claro, le pagaban por ocuparse de mí, y lo único que compartíamos era que no teníamos nada ni a nadie, pero no había nada peor para su asma que el polvo. Después bajó la escoba e intentó apagar la vela soplando, pero no tenía suficiente aliento, a pesar de sus dimensiones. Se mojó los dedos con la lengua y apagó la vela así. Inmediatamente salí corriendo, sabía que había terminado y que iba a volver a subir.

Bueno, no entendía nada, pero solo era una cosa más. No tenía ni idea por qué hacía cara de satisfacción al bajar seis pisos y entre el polvo de noche para sentarse en su sótano con cara maliciosa.

Cuando volvió a subir, ella ya no tenía miedo y yo tampoco, porque es contagioso. Dormimos al lado el sueño de los justos. Yo reflexioné mucho sobre eso y creo que Monsieur Hamil se equivoca cuando dice eso. Creo que son los injustos los que mejor duermen, porque no les importa, en cambio los justos no pueden pegar ojo y se hacen mala sangre por todo. De lo contrario no serían justos. Monsieur Hamil siempre tiene expresiones que va a buscar, como "crean en mi vieja experiencia" o "como tuve el honor de decirle" y un montón más que me gustan, me hacen pensar en él. Era un hombre como no los puede haber mejores. Me enseñaba a escribir en "el idioma de mis ancestros" y decía siempre "ancestros" porque de mis padres no quería ni hablar. Me hacía leer el Corán, porque Madame Rosa decía que era bueno para los árabes. Cuando le pregunté cómo sabía que yo me llamaba Mohammed y que era un buen musulmán, siendo que yo no tenía ni padre ni madre y que no había ningún documento que me lo probara, se incomodaba y me decía que algún día yo crecería y me explicaría esas cosas, pero que todavía no me quería causar un choc terrible mientras todavía era sensible. Decía que lo que más hay que cuidar en los niños es la sensibilidad. Sin embargo, a mí me daba lo mismo saber que mi madre se defendía y si la conociera la querría, la habría cuidado y hubiera sido para ella un buen proxineta, como Monsieur N'Da Amédée, de quien tendré el honor. Yo estaba muy contento de tener a Madame Rosa, pero si podía tener a alguien mejor y más mío, no iba a decir que no, mierda. También podía ocuparme de Madame Rosa, incluso con una verdadera madre por cuidar. Monsieur N'Da tiene varias mujeres a quienes brinda protección.

Si Madame Rosa sabía que yo era Mohammed y musulmán, era que yo tenía orígenes y yo no estaba sin nada. Yo quería saber donde estaba y por qué no venía a verme. Pero entonces Madame Rosa se ponía a llorar y decía que yo no tenía gratitud, que yo no sentía nada por ella y que quería estar con alguien distinto. Yo dejaba caer el tema. Bueno, yo sabía que cuando una mujer se defiende en la vida, siempre hay un misterio cuando tiene un hijo que no pudo detener a tiempo por la higiene y eso da lo que se llama en francés los hijos de puta, pero era chistoso que Madame Rosa estuviera tan segura de que yo era Mohammed y musulmán. En todo caso no se había inventado eso por darme gusto.

Una vez le hablé de eso a Monsieur Hamil mientras me contaba la vida de Sidi Abderrahmán, el patrón de Alger.

Monsieur Hamil nos viene de Alger donde estuvo hace treinta años en peregrinación en La Meca. Sidi Abderrahmán de Alger es entonces su santo preferido porque la camisa siempre está más pegada al cuerpo, como dice. Pero también tiene un tapete que muestra a su otro compatriota, Sidi Wali Dada, siempre sentado en su tapete de oración halado por peces. Puede parecer poco serio, peces que halan un tapete a través del aire, pero es la religión la que da eso.

- Monsieur Hamil, ¿cómo así que me conocen como Mohammed y musulmán, siendo que nada me lo demuestra?

Monsieur Hamil alza siempre una mano cuando quiere decir que se haga la voluntad de Dios.

- Madame Rosa te recibió cuando eras muy pequeño y no tiene un registro de tu nacimiento. Ella ha recibido y visto ir a muchos niños desde entonces, mi pequeño Mohammed. Tiene el secreto profesional, porque hay mujeres que exigen la discreción. Ella te apuntó como Mohammed, por lo tanto musulmán, y después el autor de tus días no volvió a dar señal de vida. La única señal de vida que dio eres tú, mi pequeño Mohammed. Y eres un buen niño. Hay que pensar que a tu padre lo mataron durante la guerra de Argelia, es una cosa buena y grande. Es un héroe de la independencia.

- Monsieur Hamil, a mi me habría gustado más tener a un padre y no a un héroe. Hubiera debido ser un buen proxineta y cuidar a mi madre.

- No debes decir semejantes cosas, mi pequeño Mohammed, también hay que pensar en los yugoslavos y los corsos, siempre nos achacan todo a nosotros. Es difícil criar a un niño en este barrio.

Pero yo tenía la impresión que Monsieur Hamil sabía algo y no me lo decía. Era un hombre muy valiente, y si no hubiera sido toda su vida mercader de tapetes ambulante, hubiera sido alguien muy bien, y de pronto hubiera estado él mismo sentado en una alfombra voladora llevada por peces, como el otro santo del Magreb, Sidi Wali Dada.

- ¿Y por qué me echaron del colegio el otro día, Monsieur Hamil? Madame Rosa me dijo que era porque yo estaba demasiado joven para mi edad, luego que estaba demasiado viejo para mi edad y luego que no tenía la edad que debería tener y me llevó a donde el doctor Katz que le dijo que yo de pronto sería muy distinto, ¿como un gran poeta?

Monsieur Hamil se veía muy triste. Era por culpa de sus ojos. Siempre es en los ojos que la gente es más triste.

- Eres un niño muy sensible, mi pequeño Mohammed. Eso te hace ser un poco distinto de los demás...

Sonrió.

- La sensibilidad no es lo que mata a la gente hoy.

Hablábamos en árabe y eso no suena igual de bien en francés.

- ¿Mi papá era un gran bandido, Monsieur Hamil, y todo el mundo tiene miedo hasta de decir su nombre?

- No, no, en realidad no, Mohammed. Nunca he oído decir nada de eso.

- ¿Y qué ha oído decir, Monsieur Hamil?

Bajaba los ojos y suspiraba.

- Nada.

- ¿Nada?

- Nada.

Siempre era así conmigo. Nada. La lección se había terminado y Monsieur Hamil se puso a hablarme de Niza, mi cuento

preferido. Cuando habla de los payasos que bailan en las calles y de los gigantes alegres sentados en las carrozas, me siento en casa. También me gustan los bosques de mimosas que tienen allá, y las palmeras y hay pájaros blanquísimos que baten las alas como para aplaudir de lo felices que son. Un día, convencí a Moisés y a otro tipo que se llamaba de otra manera de que nos fuéramos hasta Niza a pie y viviéramos allá en el bosque de mimosas del producto de nuestra cacería. Nos fuimos una mañana y llegamos hasta la plaza Pigalle pero ahí nos asustamos porque estábamos lejos de la casa y volvimos. Madame Rosa creyó enloquecer pero siempre dice eso para expresarse.

Entonces, como tuve el honor, cuando volví con Madame Rosa después de esa visita al doctor Katz, nos encontramos en la casa con Monsieur N'Da Amédée, que es el hombre mejor vestido que usted se puede imaginar. Es el mayor proxineta y chulo de todos los negros de París y viene a ver a Madame Rosa para que le escriba cartas para su familia. No le quiere contar a nadie más que no sabe escribir. Tenía puesto un traje de seda rosada que se podía tocar y un sombrero rosado con una camisa rosada. La corbata era rosada también y esta pinta lo hacía muy notorio. Nos venía de Nigeria que es uno de los muchos países que tienen en África y se había hecho a sí mismo. Lo repetía todo el tiempo. "Me hice a mi mismo", con su traje y sus argollas con diamantes en los dedos. Tenía un anillo en cada dedo, y cuando lo mataron en el Sena, le cortaron los dedos para quitarle los anillos porque era un arreglo de cuentas. Les cuento todo eso para ahorrarles emociones más adelante. Mientras vivió tenía los mejores veinticinco metros de andén en Pigalle y se mandaba a hacer las uñas donde las manicuristas, las tenía rosadas también. También tenía un chaleco que se me olvidó. Se tocaba todo el tiempo el bigote con la punta de un dedo, muy suavemente, como para acariciarlo. Le traía siempre algún pequeño regalo de comer a Madame Rosa que prefería el perfume porque tenía miedo de engordar aún más. Nunca la vi oler mal hasta mucho después. El perfume era entonces lo que más le convenía a Madame Rosa como regalo y tenía frascos y frascos, pero nunca entendí por qué se echaba sobre todo detrás de las orejas, como el perejil en los terneros. Este negro que les cuento, Monsieur N'Da Amédée, era en realidad analfabeto porque se había vuelto alguien demasiado rápido para ir al colegio. No voy a volver a contar todo, pero los negros han sufrido mucho y hay que entenderlos cuando se pueda. Es por eso que Monsieur N'Da Amédée se hacía escribir cartas por Madame Rosa que le enviaba a sus padres en Nigeria cuyo nombre conocía. El racismo ha sido terrible para ellos allá, hasta que llegó la revolución y tuvieron un régimen y dejaron de sufrir. Yo no tuve de qué quejarme del racismo, entonces no veo que puedo esperar. En fin, los negros deben tener en todo caso otros defectos.

Monsieur N'Da Amédée se sentaba sobre la cama en que dormíamos cuando no éramos más de tres o cuatro, íbamos a dormir con Madame Rosa cuando había más. O entonces, ponía un pie encima de la cama y se quedaba parado para explicar a Madame Rosa lo que debía decir por escrito a sus padres. Cuando hablaba, Monsieur N'Da Amédée hacía gestos y se conmovía y terminaba por enojarse en serio y encolerizarse, no porque estuviera furioso sino porque quería decir a sus padres muchas más cosas que lo que podía darse el lujo con sus medios de trastienda. Comenzaba siempre con querido y venerado padre y después se excitaba porque estaba lleno de cosas maravillosas que no tenían expresión y se le quedaban en el corazón. No tenía los medios, y él lo que necesitaba era oro y diamantes en cada palabra. Madame Rosa le escribía cartas en las que hacía estudios de autodidacta para volverse empresario de trabajos públicos, construir represas y ser un benefactor de su país. Cuando ella le leía eso, él se ponía muy contento. Madame Rosa también le hacía construir puentes y carreteras y todo lo que es importante. Le gustaba que Monsieur N'Da Amédée se pusiera contento escuchando todas las cosas que hacía en las cartas y ponía siempre dinero en el sobre para que fuera más real. Estaba encantado, con su traje rosado de los Campos Elíseos y tal vez aún más, y Madame Rosa decía después que cuando escuchaba tenía ojos de verdadero creyente y que los negros de África, porque los hay en otros lados, todavía son lo mejor en ese género. Los verdaderos creyentes son gente que cree en Dios, como Monsieur Hamil, que me hablaba de Dios todo el tiempo y me explicaba que esas son cosas que hay que aprender de joven, cuando uno es capaz de aprender cualquier cosa.

Monsieur N'Da Amédée tenía un diamante en su corbata que brillaba. Madame Rosa decía que era un diamante de verdad y no uno falso como uno podría creer, porque uno nunca desconfía lo suficiente. El abuelo materno de Madame Rosa había estado metido en los diamantes y ella había heredado conocimientos. El diamante estaba bajo la cara de Monsieur N'Da Amédée, que brillaba también pero no por las mismas razones. Madame Rosa nunca se acordaba de qué había puesto en la carta anterior a los padres de él en África, pero ya no importaba, ella decía que mientras menos tenga uno más quiere creer. Además Monsieur N'Da Amédée no se detenía en los detalles y le daba lo mismo, mientras sus padres estuvieran felices. A veces, incluso se olvidaba de sus padres y se decía a sí mismo todo lo que ya era, y todo lo que iba a ser además. Yo todavía no había visto nunca a alguien que podía hablar así de sí mismo como si fuera posible. Gritaba que todo el mundo lo respetaba y que era el rey. Sí, gritaba "¡soy el rey!" y Madame Rosa lo escribía, con los puentes y las represas y todo. Después me decía que Monsieur N'Da Amédée estaba completamente *mishugué*, lo que quiere decir loco en judío, pero que era un loco peligroso y que tocaba por lo tanto dejarlo hacer las cosas para no tener líos. Parece que ya había matado hombres pero eran negros entre ellos y que no tenían identidad, porque no son franceses como los negros americanos y que la policía solo se ocupa de los que tienen una existencia. Un día se iba a dar duro con los argelinos o con los corsos y ella iba a tener que escribirle a sus padres una carta que no le gusta a nadie. No hay que creer que los proxinetas no tienen problemas como todo el mundo.

Monsieur N'Da Amédée venía siempre con dos guardaespaldas porque estaba poco seguro y tocaba protegerlo. A esos guardaespaldas les hubieran dado al buen Dios rápido sin confesión, de lo malacarosos que eran y el miedo que daban.

Había uno que era boxeador y que había recibido tantos golpes en la jeta que todo había cambiado de lugar y tenía un ojo que estaba más abajo que el otro, una nariz hendida y cejas arrancadas por interrupciones de combate del árbitro con arcada de cejas, y otro ojo que tampoco estaba bien, como si el golpe que le habían dado en uno le hubiera hecho salir el otro. Pero tenía buen puño y no solo era eso. Tenía unos brazos que no se ven en ninguna otra parte. Madame Rosa me había dicho que cuando uno sueña mucho crece más rápido, y los puños de ese Monsieur Boro habían debido soñar toda la vida, de lo grandes que eran.

El otro guardaespaldas tenía una cabeza aún intacta lo cual en su caso era una lástima. A mí no me gusta la gente que tiene cara que cambia todo el tiempo y huye hacia todos lados y no hacen la misma cara dos veces seguidas. Un billete falso, le dicen a eso, y claro, debía tener sus razones, quien no las tiene, y todo el mundo quiere esconderse, pero ese les juro que parecía tan falsificado que se le erizaba a uno el pelo en la cabeza de solo pensar lo que debía esconder. ¿Ven lo que quiero decir? Además, me sonreía todo el tiempo y no es cierto que los negros se coman a los niños con su pan, eso son rumores de Orleans, pero siempre me daba la impresión de que yo le habría el apetito y en todo caso fueron caníbales en el África, no se les puede quitar eso. Cuando pasaba a su lado, me agarraba, me ponía sobre las rodillas y me decía que él tenía un niño de mi edad y que incluso le había regalado un disfraz de vaquero del cual siempre tuve ganas. O sea, una porquería. De pronto había algo bueno en él, como en todo el mundo cuando uno investiga, pero me daba tirria con sus ojos que no tenían sentido único dos veces seguidas. Debía saberlo, porque incluso una vez me trajo pistachos, de lo bien que mentía. Los pistachos no quieren decir nada, solo valen un franco. Si creía hacerse un amigo así, se equivocó, créanme. Cuento ese detalle porque fue en esas circunstancias independientes de mi voluntad que tuve una nueva crisis de violencia.

Monsieur N'Da Amédée siempre venía a hacerse dictar el domingo. Ese día las mujeres no se defienden, es la tregua de los dulceros, y siempre había una o dos en la casa que venían a buscar a sus hijos para llevarlos a respirar a algún jardín público o a invitarlos a almorzar. Les puedo contar que las mujeres que se defienden son a veces las mejores madres del mundo, por el cambio de ambiente con respecto a los clientes y además un niño les da un futuro. Hay algunos que lo dejan a uno plantado, claro está, y uno no vuelve a oír hablar de ellas pero eso no quiere decir que no se hayan muerto y no tengan excusas. Traían a veces de vuelta a sus hijos solo al otro día a mediodía, para guardarlos el máximo tiempo posible antes de retomar el trabajo. Ese día, no estábamos en la casa sino los permanentes, lo cual quiere decir sobre todo yo y Banania, que no pagaba desde hacía un año pero a quien le daba exactamente lo mismo y se comportaba como en su casa. También estaba Moisés pero él ya estaba en instancia con una familia judía que solo quería asegurarse que no tuviera nada hereditario, como tuve el honor, porque es lo primero en lo que hay que pensar antes de ponerse a querer a un niño si uno no quiere tener problemas después. El doctor Katz le había dado un certificado, pero esa gente quería mirar bien antes de dar el salto. Banania estaba aún más feliz que de costumbre, acababa de descubrir su pito y era lo primero que le sucedía. Yo aprendía cosas que no entendía para nada pero Monsieur Hamil me los había escrito a mano y no tenía importancia. Puedo recitarlos todavía para ustedes porque él se pondría contento: *elli habib allah la ibri ghirhou soubhan ad daim la iazul...* Quiere decir el que ama a Dios no quiere nada más que Él. Yo sí quería mucho más, pero Monsieur Hamil me hacía estudiar religión, porque incluso si me llegaba a quedar en Francia hasta la hora de la muerte, como Monsieur Hamil mismo, tenía que recordar que tenía un país mío y eso es mejor que nada. Mi país debía ser algo así como Argelia o Marruecos, aunque yo no figurara en ninguna parte desde el punto de vista de documentos, Madame Rosa estaba segura, no me criaba como árabe por gusto propio. Decía que para ella eso no contaba, todo el mundo era igual cuando uno estaba en la mierda, y si los judíos y los árabes se dan en la jeta, es porque no hay que creer que los judíos y los árabes sean distintos de los demás, y es justamente la fraternidad la que da eso, salvo tal vez en el caso de los alemanes, donde es aún más. Olvidé contarles que Madame Rosa guardaba un retrato grande del señor Hitler bajo su cama y cuando se sentía triste y no sabía a qué santo encomendarse, sacaba el retrato, lo miraba y se sentía inmediatamente mejor, era en todo caso una preocupación menos.

Les puedo contar en desagravio de Madame Rosa como judía, era una santa mujer. Claro que nos hacía comer siempre lo que costara menos y me jodía tenazmente con el ramadán. Veinte días sin comer, se imaginan, era para ella la mana celeste y ponía cara de triunfo cuando llegaba el ramadán y ya no tenía derecho yo al *gefillte fisch* que preparaba ella misma. Respetaba las creencias de los demás, vaca esa, pero la vi comiendo jamón. Cuando le dije que ella no tenía derecho de comer jamón, le dio risa, eso fue todo. No podía impedirle triunfar cuando era ramadán y quedaba yo obligado a robar en los estantes de la tienda, en un barrio donde no supieran que era árabe.

Era entonces domingo en la casa y Madame Rosa se había pasado la mañana llorando, tenía días sin explicación en que lloraba todo el tiempo. No había que molestarla cuando lloraba, pues eran sus mejores momentos. Ah, sí, me acuerdo

también que el pequeño vietnamita había recibido esa mañana su nalgada porque se escondía siempre debajo de la cama cuando timbraban en la puerta, había cambiado ya veintitrés veces de familia en los últimos tres años que no tenía a nadie y estaba seriamente aburrido de eso. No sé qué fue de él pero un día iré a verlo. Entre otras cosas los timbres no hacían bien a nadie en la casa, porque siempre nos daba miedo que cayera la Asistencia pública. Madame Rosa tenía todos los papeles falsos que quería, se había organizado con un amigo judío que no hacía más que eso por el porvenir desde que había vuelto vivo. Ya no me acuerdo si les conté, pero también la protegía un comisario de policía que había criado mientras su madre se hacía pasar por peluquera en la provincia. Pero siempre hay envidiosos y a Madame Rosa le daba miedo que la denunciaran. También pasaba que la habían despertado una vez a las seis de la mañana con un timbrazo al alba y se la habían llevado a un velódromo y de ahí a los hogares judíos de Alemania. Fue en esas que llegó Monsieur N'Da Amédée con sus dos guardaespaldas para hacerse escribir una carta, entre estos venía el que tenía una cara de billete tan falso que nadie lo había podido cobrar. No sé por qué le cogí fastidio pero creo que era porque yo tenía nueve o diez años y un polvo y ya me hacía falta alguien a quien odiar como a todo el mundo.

Monsieur N'Da Amédée había puesto un pie sobre la cama y tenía un grueso cigarro que botaba ceniza en todas partes sin reparar en gastos e inmediatamente declaró a sus padres que iba a volver pronto a Nigeria para vivir en todo bien y todo honor. Yo ahora pienso que él de verdad creía eso. He notado varias veces que la gente llega a creer lo que dice, necesitan eso para vivir. No digo eso para hacer de filósofo, lo pienso de verdad.

Olvidé precisar que el comisario de policía que era un hijo de puta había aprendido y perdonado todo. A veces venía incluso a besar a Madame Rosa, con la condición de que ella cerrara la jeta. Es lo que expresa Monsieur Hamil cuando dice que todo lo que termina bien está bien. Cuento eso para poner un poco todo de buen humor.

Mientras Monsieur N'Da Amédée hablaba, su guardaespaldas del lado izquierdo estaba en un sofá que estaba ahí limándose las uñas, mientras que el otro no ponía atención. Quise salir para orinar, pero el segundo guardaespaldas, del que les hablo, me agarró al pasar y me puso sobre sus rodillas. Me miró y me sonrió, incluso se corrió el sombrero hacia atrás y mantuvo propósitos así:

- Me haces pensar en mi hijo, mi pequeño Momó. Está en el mar en Niza con su madre de vacaciones y vuelven mañana. Mañana es la fiesta del chiquito, nació ese día y va a tener una bicicleta. Puedes venir a la casa cuando quieras a jugar con él.

No sé que me dio, pero hacía años que yo no tenía ni padre ni madre, ni siquiera bicicleta, y qué tal este que venía a joderme a mí. Bueno, ven lo que quiero decir. Bueno, *inch'Allah* pero no es verdad, digo eso solo porque soy un buen musulmán. Me pateó y me puse violento, algo terrible. Venía de adentro y eso es lo peor. Cuando viene de fuera con patadas en el culo, uno puede salir corriendo. Pero de adentro, no es posible. Cuando me agarra, quiero salir y no volver nunca y a ninguna parte. Es como si tuviera un habitante dentro de mí. Empiezo a dar alaridos, me tiro al piso, me doy duro en la cabeza para salir, pero nada que hacer, no tiene piernas, uno no tiene piernas adentro. Me hace bien hablar de eso, ahí está, es como si saliera un poco. ¿Ven lo que quiero decir?

Bueno, cuando me agoté y se fueron, Madame Rosa me arrastró de una a donde el doctor Katz. Le dio pavor y le dijo que yo tenía todas las señales hereditarias y que yo era capaz de coger un cuchillo y matarla durante el sueño. No tengo ni idea de por qué a Madame Rosa siempre le daba miedo que la mataran en el sueño, como si eso le impidiera dormir. El doctor Katz se puso furioso y le gritó que yo era dulce como un cordero y que le debería dar pena hablar así. Le prescribió tranquilizantes que tenía en el cajón y volvimos a la casa agarrados de la mano y yo sentía que ella estaba un poco incómoda de haberme acusado por nada. Pero hay que entenderla, porque la vida es todo lo que le quedaba. La gente se aferra a la vida más que a cualquier otra cosa, es hasta chistoso cuando uno pienso en todas las cosas bellas que hay en el mundo.

En la casa, se llenó de tranquilizantes y pasó la velada mirando directo al frente con una sonrisa feliz porque no sentía nada. Nunca me dio a mí. Era una mujer mejor que cualquiera y les puedo ilustrar este ejemplo aquí no más. Si ustedes miran a Madame Sophie, que también tiene un *clandé* para hijos de puta en la rue Surcouf, o la que le dicen la Condesa porque es viuda de un señor Comte, en Barbès, pues pueden ver que a veces toman hasta diez niños al día, y lo primero que hacen es repletarlos de tranquilizantes. Madame Rosa lo sabía de fuente fidedigna por una portuguesa africana que se defendía en la Truanderie, y que había recogido al hijo de donde la Condesa en un estado de tranquilidad tal que no se podía mantener en pie, de lo mucho que se caía. Cuando lo enderezaban caía otra y otra vez y se podía jugar con él así por horas y horas. Pero con Madame Rosa pasaba todo lo contrario. Cuando nos poníamos agitados o que teníamos niños durante el día que estuvieran seriamente perturbados, porque eso existe, era ella la que se repletaba de tranquilizantes. Entonces ahí podíamos gritar o darnos en la jeta y eso no le daba ni a los talones. Me tocaba a mí hacer reinar el orden y eso me gustaba porque me hacía superior. Madame Rosa estaba sentada en su sofá en la mitad, con una rana de lana en la barriga y una bolsa de agua caliente dentro, con la cabeza un poco torcida, y nos miraba con una buena sonrisa, a veces incluso nos saludaba suavemente con la mano, como si fuéramos un tren pasando. En esos momentos, no había nada qué sacarle y era yo el que mandaba para impedir que incendiaran las cortinas, es lo primero que uno incendia de joven.

Lo único que podía estremecer un poco a Madame Rosa cuando estaba tranquilizada era que timbraran en la puerta. Les tenía pavor a los alemanes. Es una vieja historia y salió en todos los periódicos y no voy a entrar en detalles pero Madame Rosa nunca volvió de ahí. A veces creía que seguía pasando, sobre todo en medio de la noche, es una persona que vivía sobre sus recuerdos. Ustedes pensarán si no es completamente idiota hoy en día, cuando todo esto está muerto y enterrado, pero los judíos no sueltan sobretodo cuando han sido exterminados, son los que más vuelven. Me hablaba frecuentemente de los nazis y de los S.S. y siento haber nacido un poco demasiado tarde para conocer a los nazis y a los S.S. con armas y bagajes, porque al menos se sabía por qué. Ahora no se sabe.

Era lo más cómico del mundo, ese miedo que le daban a Madame Rosa esos timbrazos. El mejor momento para eso era muy temprano por la mañana cuando el día aún está sobre la punta de los pies. Los alemanes se levantan temprano y prefieren el amanecer a cualquier otro momento del día. Uno de nosotros se levantaba, salía al corredor y oprimía el timbre. Un timbrazo largo, para que funcionara de una vez. ¡Cómo nos divertíamos! Había que ver eso. Madame Rosa en esa época debía pesar ya unos noventa y cinco kilos y polvos, pues bien, saltaba como una loca de la cama y caía la mitad de un piso antes de detenerse. Nosotros estábamos acostados y nos hacíamos los dormidos. Cuando veía que no eran los nazis, se ponía realmente furiosa y nos decía que insultaba de hijos de puta, cosa que no hacía sin tener sus razones. Se quedaba un momento con los ojos aterrados, con los rulos sobre los últimos pelos que aún tenía sobre la cabeza, creía primero que había soñado y que no había timbre, que no venía de fuera. Pero casi siempre uno de nosotros estallaba de risa y cuando entendía que había sido víctima, desencadenaba su cólera o se ponía a llorar.

Yo creo que los judíos son gente como la demás pero que no hay que cargarles grima.

Muchas veces ni siquiera nos teníamos que levantar a timbrar porque Madame Rosa lo hacía sola. Se despertaba bruscamente de golpe, se erguía sobre su trasero que era más grande que lo que les puedo contar, escuchaba, luego saltaba de la cama, se ponía el chal morado que le gustaba y corría hacia afuera. Ni siquiera miraba si había alguien, porque seguía sonándole el timbre dentro, ahí es lo peor. A veces bajaba solo unos escalones o un piso y a veces bajaba hasta el sótano, como la primera vez que tuve el honor. Al principio, incluso creí que había escondido un tesoro en el sótano y que era el miedo a los ladrones lo que la despertaba. Siempre soñé con tener un tesoro escondido en alguna parte donde estaría al abrigo de todo y que yo podría destapar cuando vez que lo necesitara. Pienso que el tesoro es lo mejor que hay en el género, siempre y cuando sea de uno y bien seguro. Había descubierto el lugar en que Madame Rosa escondía la llave del sótano y una vez, fui a mirar. No encontré nada. Muebles, una bacinilla, sardinas, velas, total un montón de cosas como para alojar a alguien. Había prendido una vela y miré bien, pero no había sino paredes con piedras que mostraban los dientes. En esas escuché un ruido y salté en el aire pero solo era Madame Rosa. Estaba parada en la entrada y me miraba. No de manera malvada, al contrario, me miraba con cara culpable, como si fuera ella quien debiera excusarse.

- No hay que contarle a nadie, Momó. Promételo.

Extendió la mano y me quitó la llave.

- Madame Rosa, ¿qué es esto? ¿Por qué viene aquí a veces en medio de la noche? ¿Qué es?

Se arregló un poco las gafas y sonrió.

- Es mi residencia secundaria, Momó. Vamos, subamos.

Sopló la vela y después me cogió la mano y subimos. Después se sentó con la mano en el corazón en el sofá, porque no podía completar los seis pisos sin quedar muerta.

- Júrame que nunca le vas a hablar de esto a nadie, Momó.

- Se lo juro, Madame Rosa.

- ¿Jairém?

Eso quiere decir jurado para ellos.

- Jairém.

Entonces murmuró mirando encima de mí, como si viera muy lejos hacia atrás y hacia adelante:

- Es mi hueco judío, Momó.

- Ah bueno.

- ¿Entiendes?

- No, pero no importa, estoy acostumbrado.

- Allá voy a esconderme cuando me da miedo.

- ¿Miedo de qué, Madame Rosa?

- No es necesario tener razones para tener miedo, Momó.

Eso jamás lo olvidé, porque es lo más verdadero que he escuchado en la vida.

Iba mucho a sentarme en la sala de espera del doctor Katz, ya que Madame Rosa repetía que era un hombre que hacía bien, pero no sentí nada. De pronto no me quedaba suficiente tiempo. Sé que hay mucha gente que hace bien en el mundo, pero no lo hacen todo el tiempo, y hay que caer en el momento preciso. No hay milagro. Al principio el doctor Katz salía y me preguntaba si estaba enfermo pero después se acostumbró y me dejaba tranquilo. Además los dentistas también tienen salas de espera, pero solo cuidan los dientes. Madame Rosa decía que el doctor Katz era de medicina general, y es verdad que había de todo en su consulta, judíos obviamente, como en todas partes, norte-africanos para no decir árabes, negros y toda clase de enfermedades. Había seguramente muchas enfermedades venéreas ahí, por culpa de los trabajadores inmigrados que las agarran antes de venir a Francia para beneficiarse de la seguridad social. Las enfermedades venéreas no son contagiosas en público y el doctor Katz las aceptaba pero nadie tenía derecho de traer difteria, fiebre escarlatina, rubeola u otras porquerías que hay que dejar en casa. Solo, los padres a veces no sabían de qué se trataba y agarré ahí una o dos veces gripas y una tos ferina que no eran para mí. Volví en todo caso. Me gustaba estar sentado en una sala de espera y esperar algo, y cuando la puerta del gabinete se abría y entraba el doctor Katz, vestido todo de blanco, y venía y me acariciaba el pelo, me sentía mejor y es para eso que está la medicina.

Madame Rosa se atormentaba mucho por mi salud, decía que yo presentaba problemas de precocidad y que ya tenía lo que ella llamaba el enemigo del género humano que se ponía a crecer varias veces al día. Su preocupación mayor después de la precocidad eran los tíos y las tías, cuando morían los verdaderos padres en un accidente automovilístico y los demás no querían de verdad ocuparse de ellos pero también querían entregarlos a la Asistencia, hubieran creído que no tenían corazón en el barrio. Era entonces que venían a buscarla, sobre todo si el niño estaba ¹consternado. Madame Rosa decía que un niño estaba consternado cuando le daba consternación, como lo indica la palabra. Eso quería decir que no quería saber nada de la vida y se volvía *antique*. Es lo peor que le puede pasar a un niño, fuera del resto.

Cuando le traían a un nuevo por algunos días o a la semana, Madame Rosa lo examinaba desde todos los aspectos, pero sobre todo para ver que no estuviera consternado. Le hacía muecas para asustarlo o se ponía un guante en el que cada dedo era un polichinela lo que siempre hace reír a los niños que no están consternados como los demás, es como si no fueran de este mundo y es por eso que los llaman *antiques*. Madame Rosa no podía aceptarlos, es un trabajo de todos los instantes y no tenía mano de obra. Una vez, una marroquí que se defendía en la casa en la Goutte d'Or le dejó un niño consternado y después se murió sin dejar dirección. Madame Rosa tuvo que dárselo a un organismo con papeles falsos para demostrar que existía y eso la enfermó, porque no hay nada más triste que un organismo.

Incluso con los niños en buena salud había riesgos. Usted no puede forzar a los padres desconocidos a retomar un niño cuando no hay pruebas legales contra ellos. Las madres desnaturalizadas, no hay peores. Madame Rosa decía que la ley está mejor hecha entre los animales y que entre nosotros es hasta peligroso adoptar un niño. Si la verdadera madre quiere venir a joderlo después porque es feliz, tiene el derecho. Es por eso que los falsos papeles son los mejores del mundo y si una asquerosa se da cuenta dos años después que su hijo es feliz donde los demás y quiere recuperarlo para perturbarlo, si se le hacen falsos papeles en regla no lo puede encontrar nunca, y eso le da una oportunidad a correr.

Madame Rosa decía que entre los animales es mucho mejor que entre nosotros porque tienen la ley de la naturaleza, sobre todo las leonas. Estaba llena de elogios hacia las leonas. Cuando me acostaba, antes de dormirme, a veces hacía timbrar, iba a abrir y había ahí una leona que quería entrar a defender a sus pequeños. Madame Rosa decía que las leonas son célebres por eso y que se harían matar antes de retroceder. Es la ley de la jungla y si la leona no defendiera a sus pequeñas, nadie tendría confianza en ella.

Hacía venir a mi leona casi todas las noches. Entraba, saltaba sobre la cama y nos lamía la cara, porque los demás lo necesitaban y yo era el mayor, me tenía que ocupar de ellos. Solo que los leones tienen mala fama porque tienen que alimentarse como todo el mundo y cuando le anunciaba a los demás que mi leona iba a entrar comenzaban a dar alaridos y hasta a Banania le daba por ahí y sin embargo solo Dios sabe que le daba la misma todo a ese por su buen humor proverbial. Me caía bien Banania, lo tomó una familia de franceses que tenían un cupo y un día iré a verlo.

Finalmente Madame Rosa supo que yo hacía venir a una leona mientras ella dormía. Sabía que no era cierto y que yo solo soñaba con las leyes de la naturaleza pero tenía un sistema cada vez más nervioso y le daba terror nocturno la idea de que hubiera animales salvajes en el apartamento. Se despertaba gritando porque en mí era un sueño pero en ella se convertía en una pesadilla, eso le pasa a los sueños cuando envejecen. Nos hacíamos leonas completamente distintas los dos, pero qué más quieren.

1 revisar este párrafo – está lleno de palabras “mal dichas” y juegos de ambigüedad

No tengo ni idea de qué podía soñar en general Madame Rosa. No veo para qué sirve soñar en reversa y a su edad ya no podía soñar hacia adelante. Tal vez soñaba con su juventud, cuando era bella y todavía no tenía salud. No sé qué hacían sus padres pero fue en Polonia. Comenzó a defenderse allá y después en París en la rue de Fourcy, en la rue Blondel, en la rue des Cygnes y varios otros sitios, y después fue a Marruecos y a Argelia. Hablaba muy bien árabe, sin prejuicios. Esta estuvo en la Legión Extranjera en Sidi Bel Abbès pero las cosas se dañaron cuando volvió a Francia porque quiso conocer el amor y el tipo se le llevó todos sus ahorros y la denunció a la policía francesa como judía. En ese punto siempre se detenía cuando contaba eso, decía: "Ese tiempo se acabó", sonreía, y era para ella un buen momento por pasar.

Cuando volvió de Alemania se defendió aún durante unos años pero después de los cincuenta empezó a engordar y ya no era tan provocativa. Sabía que las mujeres que se defienden tienen muchas dificultades para cuidar a sus hijos porque la ley lo prohíbe por razones morales, y tuvo la idea de abrir una pensión sin familia para niños que nacieron atravesados. Se le llama un *clandé* en nuestro idioma. Tuvo la suerte de criar así a un comisario de policía que era un hijo de puta y que la protegía, pero ahora tenía sesenta y cinco años y había que esperar a ver qué. Lo que más le daba miedo era el cáncer, ese no perdona. Yo notaba que ella se deterioraba y a veces nos mirábamos en silencio y nos daba miedo a los dos porque no teníamos nada más en el mundo. Era por eso que lo único que le faltaba era una leona en libertad en el apartamento. Bueno, me las arreglé, la leona venía, se acostaba a mi lado y me lamía la cara sin decir nada a nadie. Cuando Madame Rosa se despertaba asustada, entraba y hacía reinar la luz, veía que estábamos acostados en paz. Pero miraba debajo de las camas y era hasta cómico cuando uno piensa que los leones eran lo único en el mundo que no le podía suceder, dado que en París prácticamente no hay, porque los animales salvajes solo se encuentran en la naturaleza.

Ahí fue donde empecé a entender que estaba un poco chiflada. Había tenido muchas desgracias, y ahora le tocaba pagar, porque todo se paga en la vida. Incluso me llevó a donde el doctor Katz y le dijo que yo hacía rondar animales salvajes en libertad en el apartamento y que seguramente era una señal. Yo entendía claro está que entre ella y el doctor Katz había algo que no debían mencionar delante mío, pero no tenía ni idea de qué podía ser y por qué tenía miedo Madame Rosa.

- Doctor, va a hacer violencias, de eso estoy segura.

- No diga tonterías, Madame Rosa. No tiene nada que temer. Nuestro pequeño Momó es un tierno. No es una enfermedad y crea a un viejo médico, las cosas más difíciles de curar no son las enfermedades.

- ¿Entonces por qué tiene todo el tiempo leones en la cabeza?

- Primero que todo, no es un león, es una leona.

El doctor Katz sonreía y me daba un dulce de menta.

- Es una leona. ¿Y qué hacen las leonas? Defienden a su cría...

Madame Rosa suspiraba.

- Usted sabe muy bien por qué me da miedo, doctor.

El doctor Katz se puso rojo de la rabia.

- Cállese, Madame Rosa. Usted es completamente inculta. No entiende nada de esas cosas y se imagina Dios sabrá qué cosas. Son supersticiones de otra época. Se lo he repetido mil veces y le ruego que no diga nada.

Quiso decir algo más pero en esas me miró y luego se levantó y me hizo salir. Me tocó escuchar pegado a la puerta.

- Doctor, ¡me da tanto susto que él sea hereditario!

- Vamos, Madame Rosa, suficiente. Primero que todo, usted no sabe ni siquiera quién es el papá, con la ocupación que tenía esa pobre mujer. Y además ya le expliqué que eso no quiere decir nada. Hay miles de factores más en juego. Lo

que sí es obvio es que es un niño muy sensible y necesita afecto.

- Pero tampoco puedo lamerle la cara todas las noches, doctor. ¿De dónde saca semejantes ideas? ¿Y por qué no quisieron quedarse con él en el colegio?

- Porque usted le hizo un certificado de nacimiento que no tenía para nada en cuenta la edad real. Usted de verdad lo quiere, a ese pequeño.

- Solo me da miedo que me lo quiten. Note, no pueden demostrar nada, en el caso de él. Yo tomo nota de eso en un pedazo de papel, o me lo guardo en la cabeza, porque a las niñas siempre les da miedo que se sepa. Las prostitutas de malas costumbres no tienen derecho a la educación de sus hijos, por culpa de la *décheance*² paterna. Las pueden agarrar y hacerlas cantar por años con eso, aceptan todo menos perder a su hijo. Hay proxinetas que son verdaderos chulos porque nadie quiere ya hacer su trabajo.

- Usted es una mujer valiente, Madame Rosa. Le voy a prescribir tranquilizantes.

No había entendido nada. Estaba aún más seguro que antes que la judía se guardaba secretos conmigo pero no tenía tantas ganas de averiguar. Más se sabe y menos bueno es. Mi amigo el Mahoute que también era un hijo de puta decía que entre nosotros el misterio es normal, por la ley de los grandes números. Decía que una mujer que hace bien las cosas, cuando tiene un accidente de nacimiento y decide guardarlo siempre queda amenazada de encuesta administrativa y no hay nada peor, no perdona. Siempre es la madre la que lleva las de perder en nuestro caso, porque el padre está protegido por la ley de los grandes números.

Madame Rosa tenía en el fondo de una maleta un pedazo de papel que me designaba como Mohammed y tres kilos de papas, una libra de zanahorias, cien gramos de mantequilla, un fisch, trescientos francos, para criar en la religión musulmana. Había una fecha pero era solo el día en que me habían entregado y no decía cuándo había nacido.

Era yo el encargado de los demás niños, sobre todo para limpiarlos, porque Madame Rosa casi no podía inclinarse, por el peso. No tenía caderas y las nalgas le llegaban directamente hasta los hombros, sin detenerse. Cuando caminaba, era todo un trasteo.

Todos los sábados por la tarde, se ponía su vestido azul con piel de zorro y aretes, se maquillaba más rojo que lo usual e iba a sentarse en un café francés, la Coupole en Montparnasse, donde se comía una torta.

Nunca limpié a los niños después de los cuatro años porque yo tenía mi dignidad, y los había que se cagaban de aposta. Pero conozco bien a esos imbéciles, y les enseñé a jugar así, quiero decir, a limpiarse los unos a los otros, les expliqué que era más divertido que quedarse cada uno consigo mismo. Funcionó muy bien, y Madame Rosa me felicitó y me dijo que empezaba a defenderme. Yo no jugaba con los otros niños, eran demasiado chiquitos para mí, salvo para comparar nuestros pipís, y Madame Rosa se ponía furiosa porque odiaba los pipís por culpa de todo lo que había visto en la vida. Seguía teniendo miedo de los leones de noche y realmente no tiene sentido, cuando uno piensa en todas las demás razones justas que hay para tener miedo, atacarse a los leones.

Madame Rosa tenía problemas de corazón y era yo quien hacía mercado por culpa de la escalera. Los pisos para ella eran lo peor. Soplaba cada vez más al respirar y a mí me daba asma por ella también, y el doctor Katz decía que no hay nada más contagioso que la psicología. Es una cosa que aún no se conoce. Todas las mañanas me ponía feliz de ver que Madame Rosa se despertaba porque tenía terrores nocturnos, me daba pavor quedarme sin ella.

El mejor amigo que tenía en esa época era un paraguas llamado Arturo que vestí de pies a cabeza. Le hice una cabeza con un trapo verde que enrollé en forma de bola alrededor del mango y una cara simpática, con una sonrisa y ojos redondos, con el colorete de Madame Rosa. No era tanto para tener a quién querer como para hacer de payaso porque no me daban plata de bolsillo y a veces yo iba a los barrios franceses, allá donde la hay. Tenía un abrigo demasiado grande que me bajaba hasta los talones y me ponía un sombrero melón, me pintaba la cara con colores y con mi paraguas Arturo éramos divertidos los dos. Hacía de chistoso sobre el andén y lograba reunir hasta veinte francos diarios, pero tocaba tener cuidado porque la policía siempre anda en busca de los menores en libertad. Arturo estaba vestido de hombre con una sola pierna con un zapato tenis azul y blanco, un pantalón, una chaqueta de cuadros sobre un gancho que le había amarrado con cuerdas y le había cosido un sombrero redondo sobre la cabeza. Le pedí a Monsieur N'Da Amédée que me prestara ropa para mi paraguas, y ¿saben qué hizo? Me llevó con él al Pull d'Or, en el bulevar de Belleville, el sitio más chic y me dejó escoger lo que quisiera. No sé si son todos como él en África pero si sí, no les debe hacer falta nada.

Cuando hacía mi número sobre el andén, me balanceaba, bailaba con Arturo y recogía plata. Había gente que se ponía furiosa y decía que no había derecho que trataran niños de semejante manera. No sé en realidad quién me trataba, pero también había unos que se ponían tristes. Es hasta curioso, porque era por la pura risa.

Arturo se rompía a veces. Le puse puntillas en el gancho y eso lo hizo quedar con hombros y quedó como una pierna de pantalón vacía, como es normal en un paraguas. A Monsieur Hamil no le gustaba, decía que Arturo parecía un fetiche y que eso va contra nuestra religión. Yo no soy creyente pero es verdad que cuando uno tiene una cosa medio rara y que no se parece a nada, uno cree que podría tener poderes. Dormía con Arturo apretado en mis brazos y por la mañana miraba si Madame Rosa aún respiraba.

Nunca he entrado a una iglesia porque eso va contra la verdadera religión y lo último que quería era enredarme en eso. Pero sé que los cristianos pagaron los ojos de la cara por tener un Cristo y que entre nosotros está prohibido representar la figura humana para no ofender a Dios, lo cual es muy comprensible, porque no hay de qué dárselas. Entonces borré la cara de Arturo, y sencillamente dejé una bola verde como de miedo y así quedaba bien con la religión. Una vez que tenía la policía en los talones porque había causado un tropel haciendo de cómico, dejé caer a Arturo y se dispersó en todos los sentidos, sombrero, gancho, chaqueta, zapato y todo. Pude recogerlo pero estaba desnudo como lo hizo Dios. Pues buen, lo más raro de todo es que Madame Rosa no había dicho nada cuando estaba vestido y yo dormía con él, pero cuando quedó empeloto y quise ponerlo conmigo debajo de la cobija, gritó, y dijo que qué era esa idea de dormir con un paraguas entre la cama. Vaya uno a entender.

Había puesto unos centavos de lado y re-equipé a Arturo en las Pulgas donde tienen cosas bastante buenas.

Pero la suerte empezó a abandonarnos.

Hasta ahí mis giros llegaban irregularmente y había meses que se saltaban pero llegaban en últimas. De repente pararon. Dos meses, tres, nada. Cuatro. Le dije a Madame Rosa y lo pensaba tanto que hasta me temblaba la voz:

- Madame Rosa, no hay que tener miedo. Puede contar conmigo. No la voy a dejar botada solo porque ya no recibe plata.

Luego cogí a Arturo, salí y me senté en el andén para no llorar delante de todo el mundo.

Hay que decir que estábamos en las malas. Madame Rosa pronto iba a ser alcanzada por el límite de edad y lo sabía ella misma. La escalera con sus seis pisos se había convertido en el enemigo público número uno. Un día la iba a matar, estaba segura de eso. Yo sabía que ya no valía la pena matarla, bastaba verla. En ella los senos, la barriga y las nalgas ya no tenían diferencia, como en un barril. Teníamos cada vez menos niños en pensión porque las niñas no tenían ya confianza en Madame Rosa, al ver su estado. Se daban cuenta de que claramente ya no podía ocuparse de nadie y preferían pagar más caro e ir a donde Madame Sophie o la madre Aisha, en la rue d'Alger. Ganaban mucha plata y era mejor así. Las putas que Madame Rosa conocía personalmente habían desaparecido por culpa del cambio generacional. Como ella vivía de la palabra directa, y ya no la recomendaban en los andenes, estaba perdiendo su reputación. Cuando todavía tenía sus piernas, iba directo al grano o a los cafés de Pigalle o a Les Halles donde las niñas se defendían y se hacía un poco de publicidad, elogiando la calidad de los cuidados, la cocina culinaria, y todo. Ahora no podía. Sus amigas habían desaparecido y ya no tenía referencias. También estaba la píldora legal para la protección de la infancia,

realmente había que tener ganas. Cuando uno tenía un niño, ya no había excusa, uno sabía lo que hacía.

Yo ya tenía unos diez años o algo así, y me tocaba ayudar a Madame Rosa. También tenía que pensar en mi futuro, porque si me quedaba solo, era la Asistencia pública sin discutir. No dormía la noche de pensar en eso y me quedaba mirando a Madame Rosa para ver que no se muriera.

Intenté defenderme. Me peinaba bien, me ponía perfume de Madame Rosa detrás de las orejas como ella, y por la tarde me plantaba con Arturo en la rue Pigalle, o en la rue Blanche, que también estaba bien. Ahí siempre hay mujeres que se defienden todo el día y había siempre una o dos que querían verme y decían:

- Huy, ¡qué muchachito tan buen mozo! ¿Tu mamá trabaja por aquí?

- No, todavía no tengo a nadie.

Me ofrecían una menta en el café de la rue Macé. Pero me tocaba tener cuidado porque la policía le hace la cacería a los proxinetas y además a ellas también les toca desconfiar, no tienen derecho a recoger clientes. Siempre eran las mismas preguntas.

- ¿Qué edad tienes, precioso?

- Diez años.

- ¿Tienes mamá?

Contestaba que no y lo sentía por Madame Rosa pero qué quieren. Había una sobretodo que me hacía cuchicheos y a veces me deslizaba un billete en el bolsillo cuando pasaba. Tenía una minifalda y botas hasta arriba y era más joven que Madame Rosa. Tenía ojos muy amables y una vez miró bien alrededor y me cogió la mano y fuimos al café que ya no está ahí ahora porque le pusieron una bomba, el Panier.

- No hay que quedarse parado en el andén, no es un lugar para un niño.

Me acariciaba el pelo para arreglarlo. Pero yo sabía bien que quería acariciar.

- ¿Cómo te llamas?

- Momó.

- ¿Y donde están tus padres, Momó?

- No tengo a nadie, qué cree. Soy libre.

- Pero bueno, tendrás a alguien que te cuide.

Yo sorbía mi naranjada porque toca ver.

- De pronto les podría hablar, me gustaría cuidarte. Te pondría en un estudio, serías como un pequeño rey y no te haría falta nada.

- De pronto.

Terminé mi naranjada y me bajé del asiento.

- Bueno, lleva esto para los dulces, mi pequeño querido.

Me puso un billete en el bolsillo. Cien francos. Tal como tengo el honor.

Volví dos o tres veces más, y cada vez me hacía grandes sonrisas pero de lejos, tristemente, porque yo no era de ella.

Qué falta de suerte, la cajera del Panier era una amiga de Madame Rosa cuando se defendían juntas. Le avisó a la vieja y no se imaginan el horror de escena de celos. Nunca había visto a la judía en semejante ajetreo, lloraba "¡no fue para eso que te crié!", lo repitió diez veces llorando. Me tocó jurarle que nunca volvería ahí y que nunca seré un proxineta. Me dijo que todos eran chulos y que prefería morirse. Pero yo no veía para nada qué más podía hacer, a los diez años.

A mí lo que me pareció raro fue que las lágrimas estuvieran previstas en el programa. Eso quiere decir que estamos planeados para llorar. Había que pensar en eso. Ningún constructor que se respete hubiera hecho eso.

Los giros seguían sin llegar y Madame Rosa empezó a atacar la caja de ahorros. Había dejado unos centavos de lado para su vejez pero sabía bien que no le quedaba mucho tiempo. Todavía no tenía cáncer pero el resto se deterioraba rápidamente. Incluso me habló por primera vez de mi madre y de mi padre porque parece que eran los dos. Vinieron a dejarme una noche y me mamá se puso a llorar y salió corriendo. Madame Rosa me tenía como Mohammed, musulmán y prometió que iba a estar como un gallo en pasta. Y después, después... Suspiraba y era todo lo que sabía, salvo que no me miraba a los ojos cuando decía eso. Yo no sabía qué me escondía pero de noche eso me daba miedo. Jamás logré sacarle nada más, incluso cuando dejaron de llegar los giros y ya no tenía razones para ser amable conmigo. Todo lo que sabía era que seguramente tenía un padre y una madre, porque sobre el tema la naturaleza es insobornable. Pero nunca habían vuelto y Madame Rosa cogía cara de culpa y se quedaba callada. Les voy a contar de una vez que nunca encontré a mi madre, no quiero darles falsas emociones. Una vez insistí tanto que Madame Rosa se inventó una mentira tan patética que era un verdadero placer.

- Yo creo que tu mamá tenía un prejuicio burgués porque era de buena familia. No quería que tú supieras el oficio que tenía. Entonces se fue, con el corazón roto, gimiendo, para nunca volver, porque el prejuicio te hubiera dado un choc traumático, como lo exige la medicina.

Y comenzó a llorar ella misma, Madame Rosa, no había como ella para que le gustaran los cuentos bonitos. Pienso que el doctor Katz tenía razón cuando le hablé de eso. Dijo que las putas, es una vista del espíritu. Monsieur Hamil también, que leyó a Víctor Hugo y que vivió más que cualquier otro hombre de su edad, cuando me explicó sonriendo que nada es blanco o negro y que lo blanco muchas veces es lo negro escondido y lo negro a veces es lo blanco que se dejó coger. E incluso agregó, mirando a Monsieur Driss que le había traído su té de menta: "Crea en mi vieja experiencia". Monsieur Hamil es un gran hombre, pero las circunstancias no le permitieron devenirlo.